

«La posición ética que implica el constante repaso de nuestros pasos es la fortaleza de nuestra praxis»

Albero Santiere (Imago, agenda, marzo 2014)



EMILIO IGNACIO ROCA¹

Agradezco ser uno de los comentadores del escrito «La transmisión institucionalizada del psicoanálisis en los comienzos del siglo XXI. Ensayos desde la experiencia».

Además de sentirme honrado con esta elección, mi gratitud incluye permitirme en primicia la lectura de un trabajo con el que cuesta no coincidir, y más aún cuesta no agregarle conceptos.

Escrito de manera coloquial, cumple en exceso con la propuesta de ser un «ensayo» sobre un tema sumamente controvertido, al mismo tiempo que eludido en su abordaje.

En forma meticulosa, va enlazando distintos conceptos inherentes a la formación de psicoanalistas, sin evitar expedirse con valentía, mostrando su posición personal sobre ellos, a sabiendas de las fuertes discrepancias al respecto que han favorecido la permanencia de una suerte de statu quo, a lo largo del tiempo, en los lineamientos rectores de la formación.

Desde el comienzo intenta dilucidar la cuestión de lo «esencial» en la transmisión, al ubicar como extravío el intento de superar las diferencias por la vía de una acentuación de las formas, buscando así unificar criterios. Considera esto un verdadero desvarío, ya que implica posicionar lo se-

1 Miembro titular en funciones didácticas de la Asociación Psicoanalítica de Córdoba.
rocaemilio@hotmail.com

cundario en el lugar de lo esencial; las consecuencias de este despropósito son fáciles de entender.

La primera consecuencia observable es el establecimiento de «modelos» a los cuales ajustarse, olvidando que la existencia de esos «modelos», aunque reducidos con arbitrariedad a tres, no hace más que revelar la existencia de profundas diferencias conceptuales y la necesidad de recuperar lo particular de la enseñanza freudiana: tomar esta cuestión como una expresión sintomática y tener en cuenta que los síntomas deben ser abordados, desde los fundamentos del pensamiento psicoanalítico, no por la vía de una reducción reglamentaria, sino permitiendo su despliegue para dar cuenta de lo que, en tanto formaciones de transacción, encubren o silencian a la vez que señalan.

Sin eufemismos, Javier se introduce en los análisis didácticos, los define como una posición de «poder», plantea la necesidad de una «democratización» de las instituciones, propone en ese sentido un cuestionamiento de los denominados estándares, en particular en lo referido a la frecuencia de sesiones que requiere cumplir un análisis para ser considerado como tal. Recupera la transferencia como indicador fundamental del desarrollo de un proceso analítico, desvinculando su instalación de toda referencia al número de sesiones, sin por ello renunciar a la conveniencia de una consensuada «alta frecuencia», la cual, siguiendo los desarrollos del trabajo, no debería estar condicionada a priori, sino establecerse como respuesta a las particularidades del encuentro de ese analista con tal analizante —el consabido y no menos olvidado caso por caso.

Aboga por reducir la participación institucional en los análisis, sin por ello dejar de afirmar el trípode psicoanalítico como pilar fundamental de la formación. En este aspecto no existen discrepancias; dado que es, quizás, el único criterio unificador que no es sostenido por fuertes reglamentaciones, podríamos decir que se sostiene por su propio peso. Aquí retoma la cuestión de lo esencial, le asigna este valor a la articulación entre análisis personal, formación teórica y supervisión, cuyo resultante serán «cristalizaciones a posteriori».

No duda en ubicar los excesos reglamentarios como contrapuestos al análisis: «la experiencia inconsciente en transferencia puede quedar aplastada», y opta por respetar la «singularidad de la formación de cada

aspirante y candidato», con el objetivo de producir la «diversidad», en la que vuelve a encontrar el orden de lo esencial.

Me permito recordar que Freud explícitamente define como «regla fundamental» a la asociación libre, indispensable para la puesta en juego del dispositivo analítico, condición para que un sujeto pueda escucharse. Aquí la teoría da cuenta de la práctica en una articulación necesaria, ya que determina la función del analista como «atención flotante», limitando así su participación en una suerte de abstinencia representada en no imponer sus propias consideraciones (despojarse de la mayor cantidad de reglas).

El autor no considera la existencia de algún análisis especial, saca de esa categoría a los dirigidos a analizantes en formación. Considero que liberar este pilar del trípode, el análisis de los candidatos, de la injerencia institucional se orienta en el orden de favorecer la mejor operatoria de esos análisis, al no perturbar el libre juego de la dupla analista-analizante, con la consecuencia de permitir la emergencia de los fenómenos de transferencia, sus distintos momentos, siguiendo los avatares propios del proceso analítico.

Despejado el tema de la injerencia institucional en los análisis personales, sostiene la necesidad de una participación más intensa de esta en los otros dos pilares del trípode: formación teórica y supervisiones.

En lo referente a la formación, pone en tensión los conceptos de *pluralismo* y *pluralidad*, le atribuye al primero el valor de una suerte de neocorriente filosófica capaz de, por la vía de la unificación, desembocar en un eclecticismo en el que todo vale. Por el contrario, optando por la *pluralidad* recupera como esencial la necesidad de reconocer los fundamentos de las distintas corrientes posfreudianas, invita a que no tengan el destino de ignorarse, sino, por el contrario, a ponerlas en discusión. Ubica de esta manera la transmisión en el orden del registro de las diferencias, en que los candidatos puedan realizar la elección de su modalidad de práctica por la vía de una asunción crítica de ella y no por puras adhesiones transferenciales.

Introduce un interrogante fundamental: ¿se define el psicoanálisis por una técnica? Planteada la pregunta, se pone de manifiesto el desvarío a que hace referencia a lo largo de toda su presentación en su intento de recuperar la esencia de nuestra práctica. En este sentido considero conveniente acudir a los aportes de Lacan, quien en su escrito «La dirección de la cura y los principios de su poder» aporta elementos que sirven a los efectos de

despejar el interrogante aquí formulado con conceptos tomados del arte de la guerra: diferencia política, estrategia y táctica, otorgándole a cada una de ellas diferentes grados de movilidad. Corresponde a la política, en cuanto estructura teórica que sostiene los fundamentos del psicoanálisis, un orden de fijeza o inamovilidad (cita como ejemplo la política del síntoma). A la estrategia le asigna lo inherente al manejo de la transferencia, propone entonces una movilidad de su uso, condicionando que una práctica pueda ser considerada psicoanalítica o no. Por último, a la táctica le concierne administrar lo que conviene hacer en cada momento o situación, es decir, aquí encontramos la mayor libertad operativa.

Propongo para política y estrategia el valor de lo «esencial» buscado por Javier en este escrito, y dejar para la táctica la equivalencia a la técnica que dio lugar a la pregunta.

El autor nos dice que la técnica es inseparable de la mente del analista, poniendo así en juego lo tan particular de nuestra disciplina: la implicancia del analista, sustancialmente diferente de lo que ocurre en otras disciplinas (medicina, ingeniería, etc.). El analista forma parte del fenómeno que se produce, esto le permite a Freud establecer una nueva clasificación que, si bien es tomada de la psiquiatría clásica, sufre la modificación del sutil agregado de quedar referida a la intervención de la transferencia (neurosis de transferencia). Da cuenta así, esta modificación, del efecto de la intervención del analista. Lacan toma esta cuestión y la ubica en el concepto del deseo del analista. Demostrando un gran poder de síntesis, Javier expresa: «no disponemos de un saber impersonal que apliquemos sobre otro», para de allí desprender, lógicamente, las condiciones que debe reunir o cumplir la «formación de un analista». Esta no ha de consistir en un «entrenamiento técnico», sino en la afirmación de la vigencia del trípode freudiano.

Para concluir, voy a recordar a Freud, quien en «Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica», de 1910, nos dice: «supongo que la mayoría de ustedes ya han atravesado las dos fases de iniciación: el entusiasmo por el insospechado incremento de nuestros logros terapéuticos y la depresión ante la magnitud de las dificultades que salen al paso de nuestros empeños». ♦